

Notas sobre la antigua Pompaelo

La arqueología navarra, por lo general, no es esplendor de manifestaciones civiles y artísticas de interés mundial, como ocurre en Grecia y Roma; es más bien búsqueda de nuestros orígenes y conservación de la propia tradición en aquellos vestigios tangibles que documentan la tradición de nuestros ethnos y el trabajo de nuestros padres. Es, por tanto, una unión con nuestro suelo, en el sentido más literal de la palabra, y una propia e íntima vida que sólo el que ha nacido o vivido largo tiempo entre nosotros es capaz de comprenderlo.

Si la historia de toda Navarra nos interesa, y son ya numerosas y muy interesantes las excavaciones que se han hecho, a fin de ir leyendo poco a poco en nuestro suelo las páginas de la historia más remota, nos ha de interesar de un modo especial lo referente a Pamplona, capital de la provincia y considerada ya en época de Estrabón (1) como «la ciudad principal de los vascones».

Así como para la reconstrucción de la historia de Pamplona durante la Edad Media disponemos de valiosos archivos, tanto del Reino de Navarra como del Municipio y la Catedral, con una riqueza extraordinaria de documentos, que han dado lugar a no pocos trabajos de investigación, hasta esta época hay un largo hiatus para llenar, del cual la arqueología está llamada a decir su palabra y debe decirla todavía casi por entero. Los objetos encontrados son pocos y se necesita hacer una excavación sistemática, con una estratigrafía que positiva o negativamente nos diga cuanto sea posible saber de nuestra ciudad. Esta búsqueda tendría tanta mayor importancia en cuanto que la vida de la región navarra, en los primeros tiempos de la romanización, está todavía en la oscuridad, ya que no quedan casi restos de la facies republicana en Navarra (2).

(1) ESTRABON, *Geographika*, III, 4, 10.

(2) Solamente se han encontrado algunos pequeños fragmentos de Campaniense B, en el llamado campamento romano de Sangüesa, y un curioso fragmento de Campaniense C hallado recientemente en la cueva del Moro, en Olo.

Toda reconstrucción que queramos hacer sobre la antigua Pamplona resulta un problema delicado y está sujeto a revisión, pues los elementos con que contamos no pueden ser más escasos. Decíamos que los restos arqueológicos son pocos y a esto hay que añadir que los autores antiguos la citan pocas veces y solamente de paso, sin detenerse a darnos el menor detalle. Sin embargo, con estas ligeras citas y hallazgos arqueológicos intentaremos poner de manifiesto todo lo que de Pamplona antigua puede saberse hasta el presente y las posibilidades de una investigación más profunda.

Pamplona, según las fuentes

Los primeros autores antiguos que dicen algo que pudiera relacionarse con nuestra ciudad son Plutarco y Salustio. Un pasaje de la biografía de Plutarco (3) dice, refiriéndose a los sucesos posteriores a la batalla de Sagunto (y de ser cierta la corrección propuesta por Schulten, según la cual habría que leer vascones donde los códigos dicen vacceos), que en el 75 a. de C. Pompeyo se retiró a territorio de los vascones, lo que, por otra parte, tendría confirmación en un pasaje de las Historias de Salustio (4), en el que refiere que el ejército romano se retiró al país de los vascones para avituallarse. Como puede apreciarse, estos autores no citan, en absoluto, a Pamplona, mientras que Estrabón al citarla la llama «ciudad de Pompeyo» lo que nos hace pensar en una relación entre la estancia de Pompeyo en territorio vascón y la fundación de la ciudad (5). Aunque Estrabón no estuvo en España, se sabe que la **Geographika** la escribió en Roma entre el 29 y el 7 a. de C, y es de suponer que estaría bien informado sobre un personaje tan importante como Pompeyo; además, coincidiendo los otros autores en que pasó ese invierno en el país de los vascones, resulta perfectamente lógico que acampase junto a un ópido vascón al que dió su nombre o que sobre el mismo establecimiento de su campamento surgiera la ciudad.

Si existía un poblado anterior o no es imposible deducirlo de las fuentes, aunque resulta muy probable, ya que, al retirarse a este territorio, es de suponer que no hubiera enemistad entre

(3) FHA, tomo IV, pág. 218, Sertorio, 21.

(4) FHA, tomo IV, pág. 220.

(5) ESTRABON, op. cit. III, 4, 10.

Pompeyo y los vascones y, por lo tanto, que Pompeyo acampase junto a un poblado indígena, que sin duda adquirió más importancia con la influencia romana. Son incontables los casos de este tipo de romanización, perfectamente demostrados por las excavaciones, en todas las provincias del Imperio Romano. Además el nombre de Pamplona está formado, precisamente, por el **nomen** latino del mismo Pompeyo, con un sufijo indígena, el vasco **iri** «**ili**, «ciudad», lo que indica por lo menos una participación de los indígenas en su fundación, o tal vez la substitución de un nombre vasco por el de Pompeyo. Los textos antiguos dan varias formas: **Pompallon** (6), **Pompaelo**, **Pompelune**, **Pompelone** (7), **Ponpelona**, etc.

De haber salido victorioso Pompeyo en sus guerras con César, seguramente Pamplona hubiera corrido mejor suerte; pero el ser derrotado, tanto el como sus hijos, no debió repercutir en beneficio de la ciudad de Pompeyo. Creemos que sea ésta la razón de que, a mitad del siglo 1, Plinio (8), al enumerar el **Conventus Caesaraugustanus**, al que pertenecía Pamplona, la cite como ciudad estipendiaria, es decir, ciudad que pagaba una renta en especies (**vectigal**) o un tributo personal y territorial; el suelo (**ager provincialis**) no era suyo, lo tenían a título de **possessio**. Conservaban derecho de acuñar moneda y de gobernarse con sus leyes propias, no estando esto garantizado por tratado. Cada ciudad recibía de Roma un documento que garantizaba su constitución y sus derechos. Esta era una de las peores condiciones en que podía encontrarse una ciudad, en lo que quizá influyese, junto con su origen pompeyano, el que su situación estratégica importaba menos entonces, cuando la Pax Romana había pacificado y unificado todo e Imperio.

Pamplona es citada también por los autores antiguos como mansión de las vías romanas. Estrabón (9) la nombra al referirse a la vía «que parte de Tarracon y va hasta los vascones al borde del océano, a Pompelon y a Oiason (10), ciudad alzada sobre el mismo océano. Esta calzada mide dos mil cuatrocientos estadios y se termina en la frontera entre Aquitania e Iberia...».

(6) PTOLOMEO, II, 6, pág. 56.

(7) It. Ant., 555, 5.

(8) PLINIO. **Naturalis Historiae**, libro III, 24.

(9) ESTRABON, op. cit. III, 4, 10.

(10) Se refiere a Oyarzun, entre San Sebastián e Irún.

El itinerario de Antonino, de autor anónimo, redactado entre los años 280 y 290, cita algunas estaciones localizadas en territorio navarro, al describir la vía de Astorga a Burdeos, de la que Pamplona era la décimoctava mansión. Este itinerario da, además, el número de millas que hay entre una mansión y otra, y así podemos comprobar que existe sólo una pequeña diferencia entre la distancia que nos presenta este itinerario desde Pamplona al **Summus Pyreneus** y la que hay hasta Roncesvalles yendo por la carretera actual (11). Pamplona viene citada también en el texto de la Cosmografía del Ravenate.

Las fuentes visigodas también han aportado alguna noticia sobre nuestra ciudad: San Isidoro habla de que (hacia 466) los visigodos tomaron Pamplona, Zaragoza y ciudades vecinas (12); del mismo modo Gregorio de Tours (13) nos refiere que Childeberto I, señor de Aremorica, y Clotaraco I, señor del reino franco, atravesaron los Pirineos (entre 511 y 561) y tomaron Pamplona. Según otro cronicón (14), Chindasvinto fué elevado al trono en Pamplona, el 7 de abril del 642; y también parece ser que Wamba restauró Pamplona (15).

No sabemos ciertamente que papel tuvo en los primeros tiempos cristianos españoles, lo que sí sabemos es que sigue conservando su carácter capital, pues fué en época visigoda sede episcopal (16) y las firmas de sus obispos aparecen en varios concilios toledanos.

Las inscripciones

Las inscripciones halladas en nuestra ciudad, hasta el presente, son muy pocas. **El Corpus Inscriptionum Latinarum** registra solamente las siguientes:

1.—Inscripción citada también por Cean Bermudez (17) de la que nos da solamente la traducción, dice así: «La ciudad de

(11) La distancia entre Pompaelo y el **Summus Pyreneus** es de 59 kilómetros, mientras que por la carretera actual, hasta el puerto de Ibañeta, son 49 kilómetros.

(12) FHA, tomo IX, pág. 99, **Chron. Gall.**, págs. 651, 664.

(13) FHA, tomo IX, pág. 136, **Greg. Tours II**, pág. 29.

(14) FHA, tomo IX, pág. 298, **Chron. Min. II**, pág. 260.

(15) FHA, tomo IX, pág. 339, **Luc. Tud. III**, págs. 30-31, 55.

(16) FHA, tomo IX, págs. 216 y 254.

(17) CEAN BERMUDEZ, **Sumario de Antigüedades romanas que hay en España**. Madrid, 1832.

Pamplona renovó su tratado de hospitalidad con Lucio Pompeyo Primiano, hijo de Lucio, de la tribu aniense, y con sus hijos y descendientes, a VIII idus de Diciembre, siendo cónsul segunda vez Nerón Claudio César Augusto Germánico y cónsul Cesio Marcial».

Podemos reducir fácilmente la fecha, que nos da esta Inscripción al cómputo actual. Utiliza la era del Emperador, en este caso Nerón y sabemos que fué nombrado cónsul segunda vez el año 57 y ya el 58 lo nombran tercera vez por lo que no hay duda de que la fecha de que tratamos es el día 6 de Diciembre del año 57 de C, pues los idus de este mes son el 13.

2.—Estela funeraria romana (Lám. I), hallada en la calle Navarrería, labrada en piedra arenisca de color amarillento. Ha sido publicada en numerosas ocasiones (18), una de las más recientes es la de García y Bellido, profesor de la Universidad de Madrid, y maestro en esta materia cuya descripción copio literalmente: «un gran tímpano peraltado encierra un cuarto de luna con cuernos hacia arriba, en el centro; entre sus dos cuernos, una estrellita de ocho puntas; encima de ella, y en los dos ángulos inferiores, sendas ruedecillas con los ángulos lanceolados, en número de seis. Sobre la ruedecilla del ángulo derecho, una escuadra de albañil. En el lado opuesto tal vez tuviera otra. Debajo, la inscripción fragmentada y de difícil lectura». He aquí la lectura de Fita con las correcciones de Hübner (quien data la lápida, por las letras, del siglo II):

SEXTILLUS SILONIS
ANTONI ANN NORUM XLVII
SERENUS FRRATER ET
STRATONICE SOROR
HIC SITI SUNT
FESTA ET RUSTICA
HEREDES DE SUO
FACIENDUM CURAVERUNT .

(18) FITA, Boletín de la Real Academia de la Historia, 1897, pág. 559; HÜBNER, Ephem. Epigr. VIII, III, 1897, pág. 508; CUMONT, Symbol, funer., fig. 54; TARACENA y VÁZQUEZ DE PARGA, Excavaciones en Navarra, I, 1942-46, lám. XXI, Pamplona, 1947; GARCIA Y BELLIDO, Esculturas romanas en España y Portugal, página 62, núm. 67. Madrid, 1949.

Hallazgos romanos en Pamplona

La mayor parte de los restos que seguidamente estudiaremos han sido objeto de publicaciones anteriores, debidas en primer lugar al P. Fita, a Altadill, Iturralde y Suit, etc (19), y aunque algunas de sus afirmaciones hoy no pueden admitirse, es indudable que sin la labor de estos beneméritos estudiosos nos hubiera faltado gran número de detalles y las piezas que ahora conservamos hubieran desaparecido.

El estudio reciente más importante e imprescindible hecho sobre Pamplona antigua es el de Taracena y Vázquez de Parga (20), en el cual han recogido las principales noticias sobre los hallazgos en nuestra ciudad.

Queremos, pues, presentar a los lectores de PRINCIPE DE VIANA todos los restos arqueológicos que actualmente se conocen procedentes de Pamplona y en su mayoría conservados en el Museo de Navarra.

Mosaicos

Son muy pocos los mosaicos romanos hallados en Pamplona, ya que, como todos los restos de nuestra ciudad, proceden de hallazgos esporádicos. Sin embargo, conocemos con bastante exactitud la fecha de su hallazgo y el lugar del mismo, y, por lo tanto, pueden contribuir, aunque sólo sea, a la parcial reconstrucción de la topografía de nuestra ciudad. Estos mosaicos forman dos grupos: uno, los de teselas en blanco y negro, representando murallas, hipocampo, etc., y otro, el mosaico policromo de la lucha de Teseo y el Minotauro.

Referente al primer grupo, consta en acta del Ayuntamiento de Pamplona del 28 de octubre de 1856, siendo alcalde de nuestra ciudad el Excmo. Sr. Conde de Ezpeleta, el acuerdo tomado de reconocer «un lugar próximo a las casas números 16 y 18, de la calle de la Curia, donde se tenía noticia de la existencia de un mosaico romano», y que, «hecha la excavación en el referido pun-

(19) ALTADIL, Geografía del País Vasco-Navarro, pág. 667; FITA, Bol. de la Real Academia de la Historia, año, 1909, pág. 426; ITURRALDE Y SUIT, Bol. de la Comisión de Monumentos de Navarra, año 1895, págs. 98, 119, 145, 177-180, 197-198, 223-224, 245.

(20) TARACENA y VAZQUEZ DE PARGA, **La romanización**, Rev. Príncipe de Viana núm. XXIV, Pamplona, 1946.

to, esto es, a 256 pies castellanos, contados desde la base de las grandes columnas del frontispicio de la Catedral, y a la profundidad de 6 pies (1'67 m.), se halló un pavimento de mosaico, que, por su extensión, no pudo ser reconocido del todo...». En la descripción que a continuación se hace en dicha acta de los mosaicos hallados dice que se sacó un trozo «figurando un muro con unas puertas», y poco más adelante añade que «habiendo limpiado la tierra y escombros que cubrían otra parte del mosaico, se descubrió una figura de caballo marino, aunque mutilado por la cola, el cual parece que constituía el centro del referido suelo...». El acta a que nos referimos es, como puede apreciarse, bastante detallada en la descripción del hallazgo y nos da los datos necesarios para imaginarnos la totalidad del pavimento y la composición de sus motivos decorativos.

Haremos en primer lugar una descripción de estos mosaicos a que nos estamos refiriendo:

Se conservan en el Museo de Navarra dos grandes fragmentos de mosaico en teselas blancas y negras representando una muralla hecha de grandes bloques, almenada, con dos torres en uno de los fragmentos y con una torre y una puerta en el otro (Lám. II y III). Las almenas están formadas por tres hileras de teselas negras dispuestas en T. Las torres tienen dos grandes ventanas y están coronadas por tres almenas, distintas de las anteriores, formadas por siete hileras perpendiculares de teselas negras. Estas mismas almenas aparecen sobre la puerta.

No queremos dejar de notar que en la citada acta del Ayuntamiento de Pamplona se cita solamente el hallazgo del fragmento en que aparece una torre y una puerta; lo mismo ocurre en las publicaciones antiguas de Altadill (21) y el P. Fita (22), que nos dan únicamente este fragmento, por lo cual pensamos que es posible que el otro fragmento con las dos torres se deba a una segunda excavación o hallazgo en ese mismo sitio, ya que es evidente que ambos pertenecen a un mismo pavimento.

A este pavimento pertenece también la figura de hipocampo (Lám. V), como los fragmentos anteriores, en teselas blancas y negras, con la única excepción de tres teselas rojas en la boca y dos en el hocico. Tiene una longitud máxima de 1'40 m. Según la

(21) ALTADIL, *op. cit.*, 667.

(22) FITA, *op. cit.*, pág. 426.

citada acta debía ocupar el lugar central, lo que no nos parece muy posible, ya que son de sobra conocidos este tipo de mosaicos en los que aparecen hipocampos y tritones formando una especie de corona, al centro de la cual va el carro de Neptuno o cualquier representación de este dios. No tenemos más que recordar el mosaico de las termas, hallado en la iglesia de San Miguel, en Barcelona (23), y el de las termas antonianas de Ostia, en el que aparecen encarados tritones e hipocampos (como en el de Barcelona), y al centro, el carro de Neptuno (24), el de Sassoferato, antigua Sentinum, de la misma época de los Antoninos (25), etc.

La habitación ocupada por este mosaico tendría, por lo tanto, un tamaño bastante grande y es posible que perteneciese a unas termas, ya que estas representaciones de monstruos marinos eran muy frecuentes en este tipo de edificios, y aparecen, especialmente a partir de la época de los Antoninos.

La datación de los mosaicos resulta siempre un problema delicado, sobre todo cuando no se ha presenciado la excavación y, por lo tanto, se han escapado esos detalles que sólo la observación directa puede dar, pues pensamos que el modo más exacto de datar un mosaico es el de analizar los restos cerámicos que se encuentren inmediatamente debajo de él, pudiendo decir que la fecha más reciente que nos dé esa cerámica será el término **post quem** para la datación del mosaico. En el caso presente sólo sabemos que «entre la tierra de la excavación salieron dos monedas romanas (26) de cobre, una de ellas de Marco Aurelio y otra de Constantino, con algunos trozos de mármol labrado y fragmentos de barro saguntino...». ¿En qué relación estaban esas monedas y esa cerámica con el mosaico (?). Si pertenecían a estratos que hubiese encima del mosaico y, por tanto, posteriores, no nos sirven para la datación, y en todo caso, como no podemos saberlo, tenemos que prescindir de estos elementos que pudieran llevarnos a error. Nos basaremos, pues, solamente en el mismo mosaico: motivos decorativos, etc.

Tenemos en primer lugar la orla formada por las murallas; se trata de un motivo muy común en los mosaicos más antiguos

(23) Se conserva en el Museo Arqueológico de Barcelona.

(24) BLAKE, Roman mosaics of the second century in Italy, M. A. A. R. XIII, Pl. 31. 4, 1936.

(25) BLAKE, op. cit., Pl 31, 1

(26) Tanto las monedas como la cerámica han desaparecido.

(siglo I antes de Cristo y siglo I después de Cristo) en los cuales es usado generalmente como orla. Se encuentra también, como quicio en las puertas, para separar y al mismo tiempo concordar pavimentos de dos habitaciones contiguas. Son generalmente en blanco y negro como en nuestro ejemplar. Se han datado como de época republicana un quicio en el atrio de la casa de Marte y Venus de Pompeya (27) con un motivo casi idéntico al de Pamplona, así como otras orlas encontradas en varias casas pompeyanas. Todos ellos son típicos de un periodo del arte romano en el que prevalecen los motivos inspirados en la arquitectura y que viene a coincidir con el florecimiento del segundo estilo pompeyano, que trata también de imitar los elementos arquitectónicos.

El motivo del mosaico de Pamplona lo volvemos a encontrar en dos mosaicos más tardíos italianos uno en Taormina (28) y otro en Brindisi (29), así como en el mosaico del Laberinto de Coimbra (30), en Portugal, en los cuales esta orla de murallas con torres circunda un laberinto, queriendo simbolizar, tal vez, los muros de Creta. Todos estos mosaicos han sido datados entre el siglo II y III d. C, fecha que creemos puede asignarse a los fragmentos de este tipo de mosaico hallados en Pamplona, pues contamos por otra parte con el elemento decorativo del hipocampo, que, como decíamos anteriormente, es característico en la Italia de época de los Antoninos.

El tamaño medio de las teselas es de 1'5 cm. en la parte de las murallas y de 1'2 cm. en el hipocampo, lo que añadido a los elementos decorativos ya estudiados nos hace pensar en una fecha hacia la segunda mitad del siglo II o quizá a fines del mismo siglo.

Existen también en el Museo de Navarra, procedentes de nuestra ciudad, varios fragmentos de mosaico en blanco y negro, en uno de los cuales pudiera verse parte del abdomen y una pata de otro hipocampo o tritón (Lám. IV), de tamaño mucho mayor al que antes hemos estudiado, y de teselas también mayo-

(27) BLAKE, M. A. A. R., vol. VIII, lám. 26, 2.

(28) BLAKE, M. A. A. R., vol. XIII, págs. 92 y 189. Este mosaico se conserva ahora en el Museo de Siracusa.

(29) P. ORSI, *Notizie Scavi* 1920 pág. 340. figs. 26-29.

(30) J. M. BARRIAO OLEIRO, *Materiales arqueológicos de Conimbriga. El mosaico del Laberinto*, Arch. Esp. de Arqueología, XXIV, pág. 47.

res, lo que nos hace excluir la idea de que formase parte de la composición anterior. Del mismo aspecto y tamaño de teselas es otro fragmento con un motivo en espiral de gran tamaño y que pudiera ser una cola de monstruo marino.

El segundo grupo en que al principio dividimos los mosaicos está compuesto por un único fragmento policromo con la representación de la lucha de Teseo y el Minotauro (Lám. VI). Esta lucha tiene el siguiente origen. Teseo, héroe ateniense, considerado por la leyenda como el más importante de los reyes míticos de Atenas, hijo del rey Egeo, quiere librar a su patria de un terrible tributo que tenía que pagar al rey Minos, de Creta, que consistía en enviarle siete doncellas y siete jóvenes, los cuales eran llevados al laberinto para que el Minotauro, monstruo con cuerpo humano y cabeza de bóvido, los devorase. Este laberinto era una complicada construcción hecha por el gran arquitecto Dédalo y por orden de Minos, donde encerraron al monstruo para que no se escapase; por tanto, los jóvenes que eran allí conducidos tampoco podían salir jamás. Teseo se ofreció voluntario a ser llevado a Creta. Ariadna, hija de Minos, se enamora de él y le entrega una corona brillante para iluminar las tinieblas y un hilo para poder penetrar hasta el fondo del laberinto y volver a salir. De este modo consigue matar al Minotauro y salir del laberinto, salvando a sus compatriotas.

El mosaico que estamos estudiando representa este momento de la lucha con el monstruo; Teseo sujeta al Minotauro por uno de sus cuernos y alza su brazo derecho, en cuya mano tendría la maza que arrebató a Perifetes. Esta escena es, sin duda, la parte central de un pavimento en el que estaba también representado el laberinto, del que se ve una pequeña parte en los círculos que rodean la escena, pues se puede apreciar cómo, en la parte derecha, el segundo círculo de doble hilera de teselas negras se interrumpe y vuelve en ángulo recto hacia la derecha (justamente se ven otras dos teselas en este sentido).

El cuerpo de las figuras está compuesto en su mayor parte por teselas de color amarillo-tostado y grises; la pierna izquierda y parte de este lado del cuerpo del monstruo está formado por teselas de color morado. En la figura de Teseo hay también abundantes teselas rojas; los ojos del héroe están formados por una tesela blanca y otra negra, y los del Minotauro, por una tesela

blanca rodeada de pequeñas teselas negras. Las figuras están suueteadas en su mayor parte con teselas negras.

La altura máxima del fragmento es de 1'06 m., y la longitud máxima, de 1'40 m. El tamaño mayor de las teselas es de 1'5 cm. a 1'8 cm., y en las figuras, entre 1 cm. y 0'5 cm.

Las representaciones de la lucha de Teseo y el Minotauro son en extremo abundantes, tanto en la pintura de vasos como en la copa de Orvieto en el Museo de Florencia (31), como en la escultura, entre los que destaca por el notable parecido con la representación de nuestro mosaico el grupo de la Villa Albani, de Roma, sujetándole también por un cuerno y alzando su mano derecha con una maza; entre los mosaicos citaremos el de Ascupieum, en Suiza (32), y el de Santa Agata in Pietra Aurea (33); Teseo matando al Minotauro es uno de los motivos del arte musivo romano.

En las diversas representaciones Teseo aparece ya sin armas, según la antigua tradición ateniense, o armado con espada o maza; esta última forma es la más general en época romana.

También merece citarse de nuevo el mosaico del laberinto de Coimbra, al centro del cual aparece solamente el busto del monstruo, en una policromía semejante a la de nuestro mosaico; el laberinto está formado por un meandro de líneas rectas, en vez de curvas como en el nuestro; pero está igualmente formado por dos hileras de teselas negras.

Por todo lo anteriormente expuesto, creemos que, con las naturales reservas, puede darse a este mosaico una fecha hacia la mitad del siglo II.

Sobre el lugar de su hallazgo no tenemos más noticias que las publicadas por Altadil (34) y Fita (35), que nos dicen se halló «en la calle de la Navarrería, algunos años después que el del caballo marino...».

Esculturas en bronce

Como los demás hallazgos de Pamplona, todas ellas se deben a hallazgos casuales o a excavaciones del siglo pasado que, como

(31) S REINACH. *Dep. as. peint.* I, 528.

(32) *Mitteil. d. Antiq. Gesell. Zurich*, XVI, lám XXIX.

(33) BLAKE. *op. cit.*, pág. 144.

(34) ATTADIL. *op. cit.*, pág. 667.

(35) FITA, *op. cit.*, t. 54, año 1909, págs. 426-437.

es sabido tenían por único fin encontrar objetos sin preocuparse de la relación que guardaban entre ellos y mucho menos de recoger con un criterio estratigráfico la cerámica y demás objetos menudos con que se hallaban, y que tantas luces nos hubiera dado para la reconstrucción de su ambiente y cronología.

Damos a continuación los restos de esculturas de bronce:

1.—Cabeza femenina de bronce, que hubo de formar parte de una estatua o tal vez de un busto; fué hallada en la calle de la Curia (36) y ha desaparecido, y de la que sólo conservamos la fotografía y descripción por la publicación de Altadil, que se inclina a calificarla como la diosa Juno; sin embargo, es difícil afirmarlo, pues no vemos ninguno de sus atributos, dado que sólo se encontró la cabeza. Desde luego, su rostro es demasiado impersonal para tratarse de un retrato y parece indudable que representa una deidad. El rostro es de facciones regulares: ojos grandes y rasgados, boca pequeña y nariz recta, expresa serenidad. Lleva una diadema en forma de media luna, que se alza sobre su peinado de mechones rizosos recogidos por detrás formando un moño bajo y cubriendo a medias sus orejas; dos pequeños rizos le caen sobre la frente y otros delante de las orejas. La sencillez del peinado nos hace pensar en tipos bastante antiguos y de gusto helenístico, de los cuales será seguramente copia el que estudiamos.

2.—Estatua femenina, hallada, según Iturralde y Suit (37), en las excavaciones efectuadas en 1895 en la calle de Navarrería y, com ola anterior, ha desaparecido.

Se trata, sin duda, de una representación de la diosa Ceres, ya que lleva un manojito de espigas en su mano derecha. Dice el mismo Altadil que fué hallado sin cabeza y en tres trozos y cubierto por una enorme losa. La estatua era de tamaño natural, y de las circunstancias de su hallazgo puede deducirse que estaría bastante deformada; sin embargo, no deja de ser lamentable que, datando su hallazgo sólo de hace sesenta años, se desconozca actualmente su paradero.

El culto a la diosa Ceres es de origen itálico; su mismo nombre está en relación con *creare*; pero tiene un claro antecedente

(36) ALTADIL, *op. cit.*, pág. 669.

(37) ITURRALDE Y SUIT, *Bol. de la Comisión de Monumentos de Navarra*, año 1895, págs. 177-80.

en el culto griego a Demeter. Es la divinidad de los alimentos, por excelencia, y por eso sus atributos son la mayor parte de los vegetales y principalmente las espigas. La que estamos estudiando se presenta de pie con aspecto de matrona y como atributo el manojito de espigas en la mano derecha. El plegado de los paños está bien conseguido.

3.—Figura de Mercurio (Lám. VII) en bronce macizo, con pátina verdosa, en algunas partes presenta rozaduras que descubren el dorado propio del metal en tanto que en otras partes tiene numerosas adherencias que deforman la figura. Mide 0'129 m. de altura y se conserva en el Museo de Navarra. Representa a Mercurio con clámide y sandalias; se cubre con el petaso, del que sobresalen sus dos alas; lleva también las consabidas alas de los tobillos. La clámide cuelga de su hombro izquierdo, y la mano de este mismo lado parece en posición de empuñar el caduceo, hoy desaparecido. Le falta la mano derecha, en la que sin duda llevaba el **marsupium** o bolsa característica de este dios mensajero y comercial. Una estatuilla muy semejante es la de Lara de los Infantes (38), que se diferencia únicamente en la posición de la clámide. Otra del mismo tipo es la de la Biblioteca Nacional de París (39), en la que aparece Mercurio completamente desnudo, y tantas otras más que no es posible citar, ya que son muy numerosas.

4.—Recientemente hemos inscrito en el catálogo del Museo de Navarra un fragmento escultórico de bronce hallado en Pamplona. Se trata de una mano (Lám. VIII), fragmento, sin duda, de una estatua, que nos ha sido entregada por el señor Erice, propietario de una fundición de campanas de nuestra ciudad, al que le fué vendida como chatarra que, con muy buen criterio, juzgó merecía conservarse. Parece que procede de alguna cimentación hecha en la calle de la Navarrería. Como decíamos anteriormente, es de bronce y se halla hueca en su interior. Es de líneas muy finas, que delatan un verdadero estudio del natural. Mide 0'21 m. de longitud máxima y extendida mediría 0'25 m; su anchura máxima es de 0'102 m., lo que significa que formó parte de una estatua de tamaño algo mayor que el natural.

(38) GARCIA Y BELLIDO. *Esculturas romanas en España y Portugal*, pág. 62.

(39) BABELON-BLANCHET, *Bronzes de la Bibl. Nat.*, pág. 146.

Escultura en piedra

Poseemos muy pocos restos procedentes de Pamplona de escultura en piedra. Todos ellos se conservan en el Museo de Navarra y son los siguientes:

Fragmentos de columna de orden corintio del tipo más común romano. Pertenecen a dos o más columnas. Existe un capitel casi íntegro y otro roto aproximadamente por la mitad, en piedra arenisca amarillenta, que se estropea con facilidad. La altura de los capiteles es de 0'57 m. De la misma calidad de piedra son dos basas de 0'45 m. de altura y 0'88 m. de diámetro mayor, así como dos bloques de fuste estriado, amos de distinta columna, ya que, aunque en poco, se diferencian en su diámetro: miden 0'62 y 0'58 metros respectivamente, lo que hace que las estrías no coincidan. Todos ellos fueron hallados en la calle de la Navarrería.

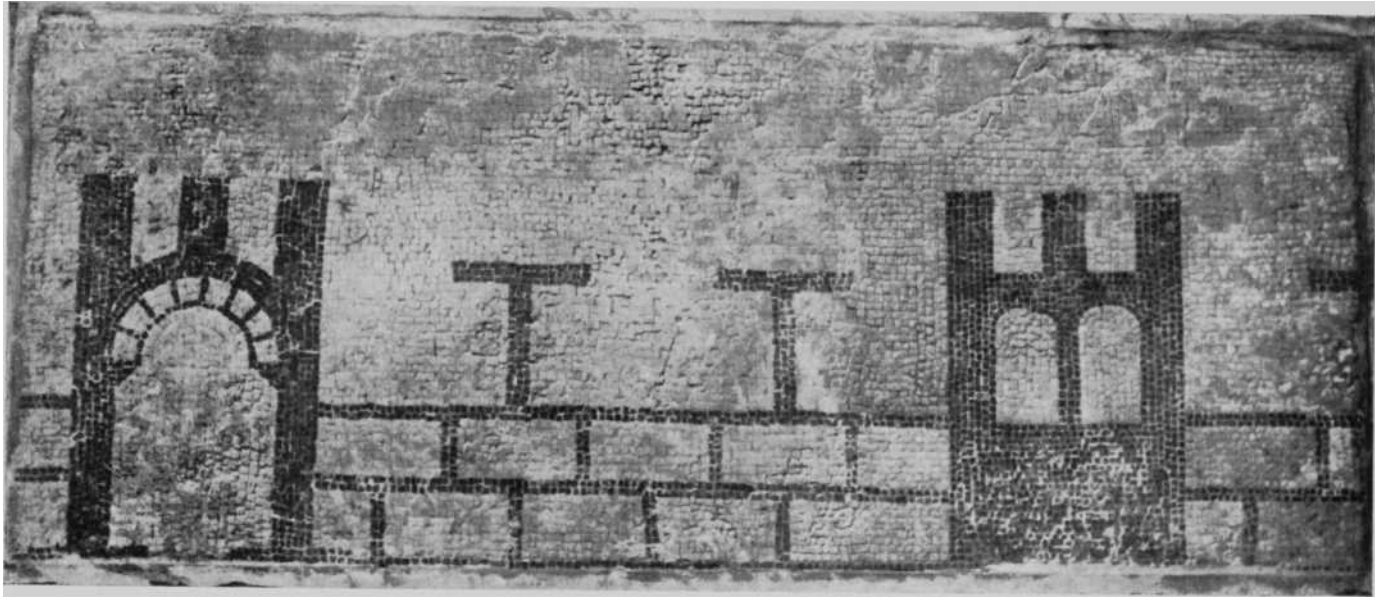
Una vez visto todo lo que de Pamplona romana conocemos, nos interesa, basándonos en ello, formular alguna hipótesis sobre lo que fué la antigua Pompaelo. El primer problema es el de su localización dentro del perímetro de la ciudad actual. Sabemos que todos los hallazgos, debidamente documentados, proceden exclusivamente de las calles Navarrería y Curia; también está claro que en todo el nuevo ensanche no ha aparecido ningún resto antiguo (salvo el llamado «cementerio franco», en Argaray), ya que su construcción es lo suficientemente reciente como para que, en el caso de un hallazgo, se hubiera tenido en cuenta, y por si esto fuera poco, no tenemos más que recordar las zanjas que últimamente afeaban tanto a Pamplona, en esta misma parte de la ciudad, y las que hemos seguido con interés, no habiendo aparecido absolutamente nada y viéndose la tierra virgen a poca profundidad del exterior.

Por exclusión, pues, podemos concretarnos a la parte medieval de la ciudad, y guiados por los hallazgos, al pequeño montículo que corona la catedral. Es este punto el más lógico para ser escogido por los romanos: la parte más alta de la ciudad, protegida en la mitad de su perímetro por un alto corte perpendicular sobre el río. El poder establecer la longitud de ese perímetro es otro problema sugestivo, pero delicado; sin embargo, si pen-



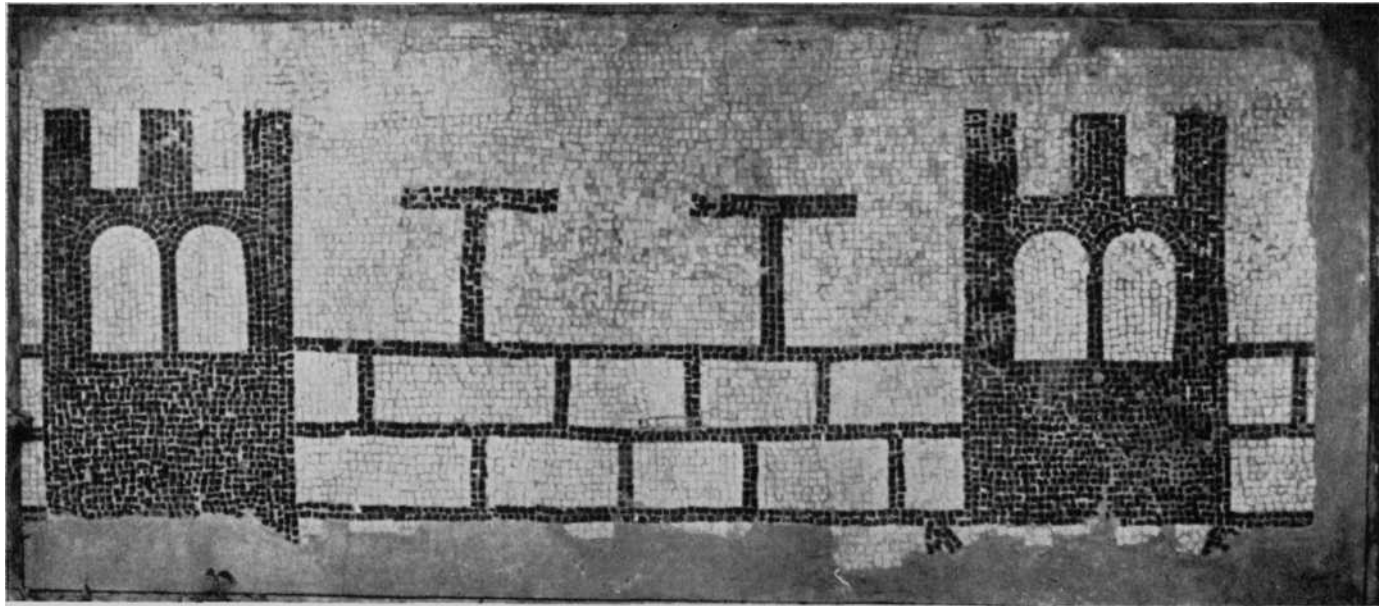
Estela funeraria hallada en Pamplona

Foto Archivo J. E. Uranga



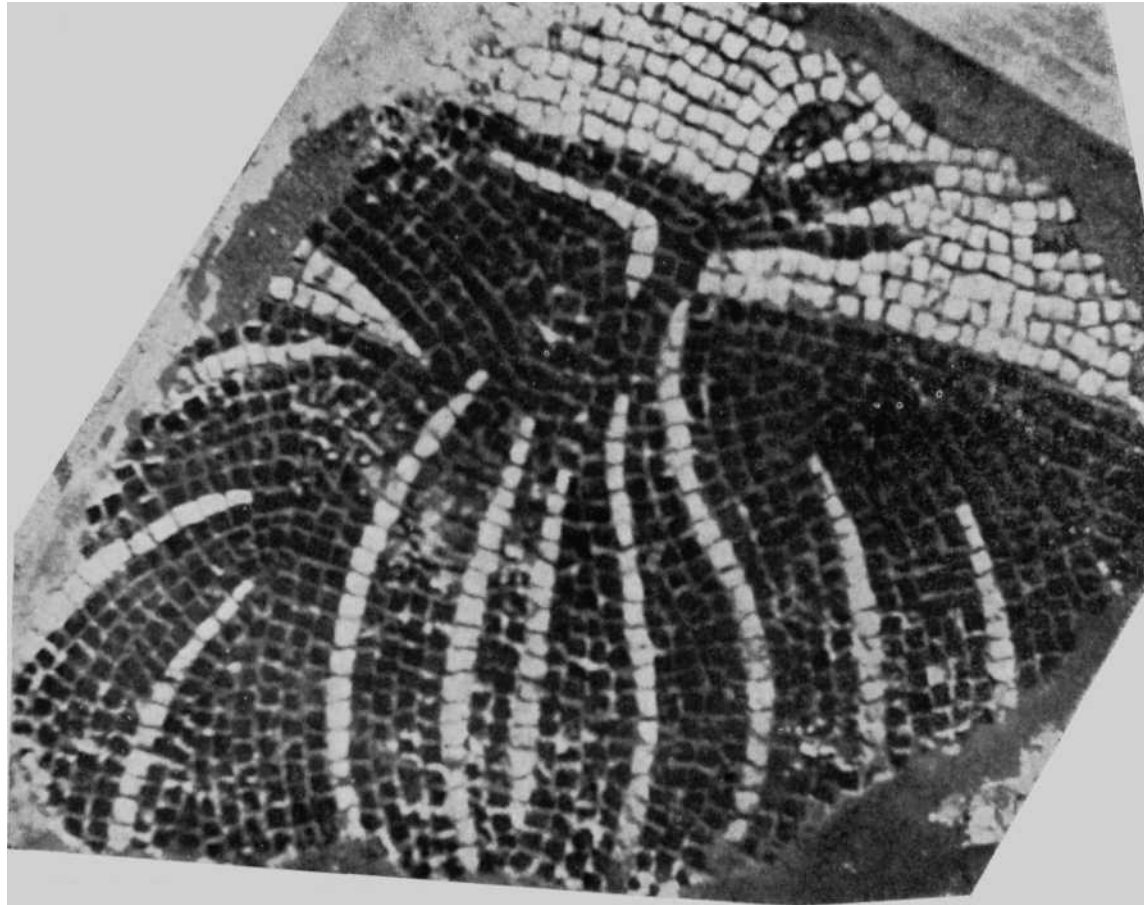
Mosaico en teselas blancas y negras representando unas murallas

Foto Archivo J. E. Uranga

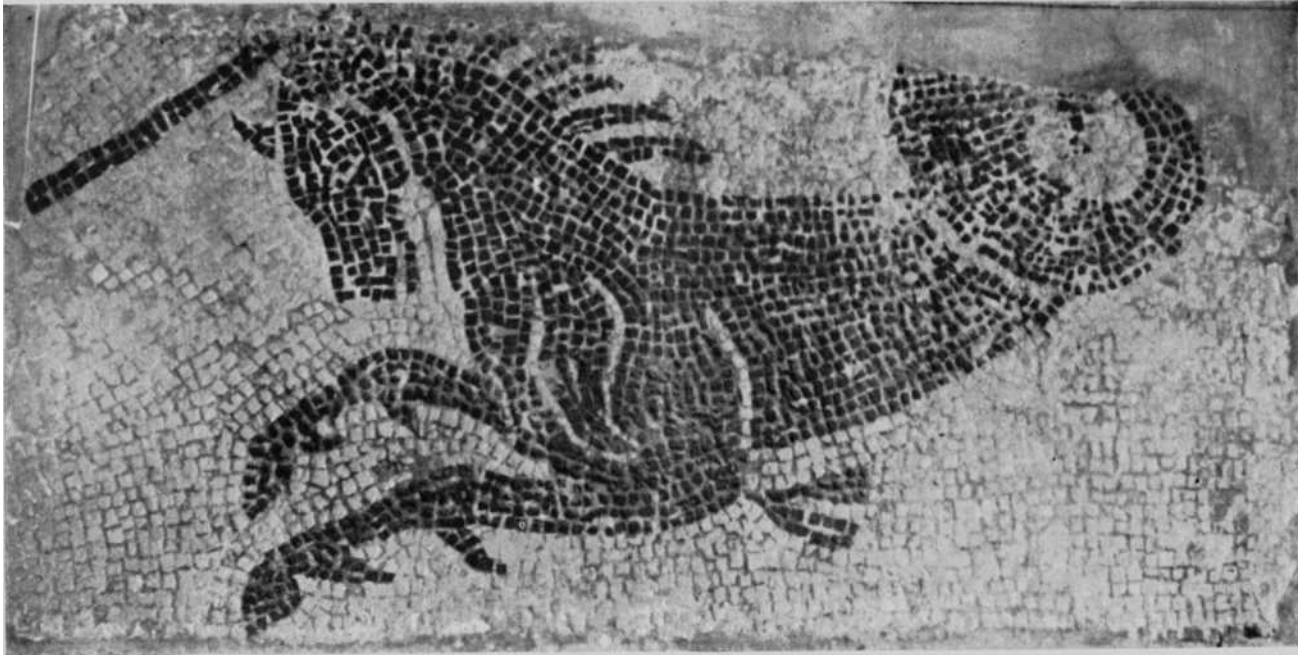


Otro fragmento de mosaico con representación de murallas

Foto Archivo J. E. Uranga



Fragmento de mosaico representando parte de un monstruo marino



Fragmento de mosaico con representación de ipocampo

Foto Archivo J. E. Uranga



Medallón central de un pavimento de mosaico representando la lucha de Teseo y el Minotauro

Foto Archivo J. E. Uranga



Figurilla de Mercurio en bronce

Foto Archivo J. E. Uranga



Anverso y reverso de la mano de bronce encontrada recientemente en Pamplona

Fotos Archivo J. E. Uranga

sanios que Pamplona no fué una ciudad importante romana y que, por tanto, no es de suponer fuera muy grande, podremos suponer, dada la topografía del terreno, que el perímetro de Pompaelo era, más o menos, el de la ciudad de Navarrería, durante la Edad Media.

El sistema urbanístico romano es idéntico tanto en Italia como en provincias, de trazado rectangular, cruzado de Norte a Sur por el **kardo maximus** y de Este a Oeste por el **decumanus maximus**; en el cruce de ambos se halla el foro.

Existen casos de ciudades en que, como en Pamplona, hay una clara superposición de la ciudad medieval sobre la antigua, y que a través del sistema urbano de aquélla puede reconstruirse el de la ciudad romana. Esto no se puede hacer en Pamplona, ya que, durante la Edad Media, esta parte, precisamente, de la ciudad sufre una serie de incendios y destrucciones, perfectamente documentados, que convierten los solares de sus casas en prados, que existen como tales durante algún tiempo. Por esto es de suponer que el trazado urbano romano se haya perdido por completo. Sin embargo, hay una serie de necesidades impuestas por el terreno que hacen que la calle de la Curia siga una dirección análoga a la que debió seguir el decumanus de Pompaelo y que la actual calle de Dormitalería y la de la Compañía sigan la dirección del **kardo**. La localización del foro alrededor del área de la catedral se puede suponer aproximadamente cierta, ya que se encuentra en la parte más protegida, puesto que es la más alta y el centro de este montículo.

En cuanto concierne a la periferia, el problema no es menos sugestivo y complejo. En primer lugar tenemos la localización de las murallas; en este punto hemos de hacer referencia a la hipótesis dada por Taracena y Vázquez de Parga (40), basándose en las noticias de Sandoval (41) que habla (en 1607) de hallazgos en los cimientos de una torre cuadrada, junto a la iglesia de San Antón, «como otras que se ven hoy día en la cerca antigua desta ciudad de Pamplona» y en el trozo de muralla que se halla en los sótanos de la casa que ocupaba el Banco de Bilbao, en la calle Chapitela. Dichos autores dan a **Pompaelo** un perímetro aproxi-

(40) TARACENA y VAZQUEZ DE PARGA, Rev. Príncipe de Viana, núm. XXIV Pamplona, 1946.

(41) SANDOVAL, Catálogo, fols. 3 r. y 4.

mado al de **Caesaraugusta**, excluyendo toda posibilidad de certeza al texto que bajo el título **De laude Pampilone epístola**, y como de época de Honorio, aparece en el Códice de Roda (42).

Interesaría también saber hasta dónde se extienden los sitios habitados y dónde comenzaba la necrópolis. Sobre este problema nos ocurre pensar si no habría que buscarla alrededor de la iglesia de San Saturnino.

Hasta ahora las únicas tumbas descubiertas cerca de la ciudad son de época bárbara. Si pudiéramos hallar una necrópolis romana, tendríamos una abundante documentación sobre la vida y la riqueza de **Pompaelo**.

Otro problema también sugestivo es el de la existencia de un **habitat** prerromano debajo del romano, cuya posibilidad no debemos descartar, como tampoco que la ciudad romana haya sido construida **ex novo**, de un modo completamente diverso al precedente, y que la Pamplona prehistórica tuviera otro lugar diverso, si no muy lejano.

Es verdad que en estos casos de superposición de la ciudad moderna y medieval sobre la antigua resulta siempre difícil la investigación; sin embargo, creemos que es absolutamente necesario intentarla, al menos en cuanto las circunstancias lo permiten. Hay algunos lugares, pocos, donde el problema de una excavación nos parece urgente: el primero de ellos es, sin duda, un pequeño solar dentro de la Catedral, al lado de un muro románico de la misma. Creemos que se puede esperar mucho de estas excavaciones en el subsuelo de Pamplona para el conocimiento histórico-topográfico de la antigua Pompaelo. Es un espacio lo suficientemente amplio y se puede profundizar cuanto sea necesario para recoger todas las fechas útiles y llegar hasta la tierra virgen sobre la que se fundó el primer asentamiento urbano.

Una excavación hecha con método riguroso podría traer ventajas, no sólo para el Museo de Navarra, que se enriquecería con el aporte de materiales nuevos, sino también para el conocimiento general de la civilización romana en esta parte de Hispania, donde la cronología del material es hasta ahora incierta y rudimentaria.

(42) J. M. LACARRA, Textos navarros del código de Roda, Zaragoza, 1945.

Acabo con un aconsideración práctica. Todos estos interrogantes que he expuesto pueden ser un óptimo incentivo para trabajar e intentar, bajo los auspicios de la Excma. Diputación Foral de Navarra, que nunca ha negado su protección a la investigación científica, descubrir cuanto sea posible sobre el pasado de nuestra ciudad. La colosal estatua de Ceres, los mosaicos, la mano recientemente aparecida, etc. pueden ser la mejor invitación a buscar lo que nuestro suelo esconde.

María Angeles MEZQUIRIZ
Museo de Navarra

